



YO TAMBIÉN QUIERO PARTICIPAR EN LA FIESTA

En las dos últimas décadas la situación de las mujeres ha cambiado de forma contundente, lo que ha dado lugar a la aparición de nuevos modelos de comportamiento, en cuanto a formas de vida y relaciones se refiere. Esta transformación ha afectado tanto a leyes que eran absolutamente discriminatorias, e incluso algunas humillantes, como a actitudes sociales y personales. Y aunque cueste creerlo, hoy todavía hay gente que no se cuestiona el derecho de cada mujer a ser una persona autónoma y libre en cualquier circunstancia y situación.

Begoña Kapape
Fotos: Gotzone Elu

Hay un montón de fiestas populares en las que la participación de las mujeres en un plano de igualdad está muy lejos aún de hacerse realidad. Tenemos San Fermín en Iruña, la fiesta de Moros y Cristianos de Alcoy, el Alarde de Irún...

Podemos coger a ésta última como ejemplo y recordar cómo en 1996 un grupo de mujeres quiso tomar parte en el Alarde de Irún, y este derecho les fue

vetado. Diez años después, aún siguen sin poder participar plenamente y de la forma que ellas quieren, pese a las sentencias dictadas a su favor y a la aprobación de la Ley para la Igualdad entre Mujeres y Hombres, en febrero de 2005, por parte del Gobierno Vasco. En esta ley se recogía claramente la prohibición de organizar y realizar actividades culturales en espacios públicos, en las que no se permita o

se obstaculice la participación de las mujeres en condiciones de igualdad con los hombres.

Según Bidasoaldeko Emakumeak (Organización de mujeres del Bidasoa) y promotoras del Alarde mixto, "las fiestas populares suelen ser una representación perfecta del papel que socialmente tiene asignado cada sexo. Llevamos muchos años luchando para que las personas puedan desarrollar sus capacida-

des e iniciativas, independiente de que nazcan hombres o mujeres. También queremos que lo público deje de ser ya de una vez exclusivamente patrimonio de los hombres y lo privado cosas de mujeres”.

Estas mujeres saben que lo que se juegan no es sólo el derecho a salir con un tambor o escopeta al hombro, sino a pelear por los derechos de las minorías, a su existencia y a ser consideradas ciudadanas de pleno derecho en la comunidad donde trabajan y viven. Al mismo tiempo, son conscientes de que en la introducción de cambios siempre subyace un miedo a perder terreno y posición de quien tiene el poder. Se dice entonces que se pierde la “tradicción”. Ésta suele ser la excusa que emplean y utilizan contra las mujeres, cuando reivindican su derecho a ser una persona libre y a participar donde y cuando ellas quieran.

Tradiciones y cambios

“Nosotros decidimos qué es tradición y esa decisión va cambiando con el tiempo, porque la cultura y la tradición, en sí misma como tal, no existe. Se inventa continuamente”, explica Mikel Aranburu, presidente de la Sociedad de Estudios Vascos, Eusko Ikaskuntza, además de escritor y conferenciante. En la actualidad estudia, entre otras cosas, la participación de la mujer en el ritual festivo.

Dice que la fiesta en sí es un lenguaje simbólico que representa las tensiones, las estructuras, las desigualdades y los afa-

nes de una colectividad. También interpreta las estructuras sociales, “y en la medida en que no exista una verdadera democracia ni igualdad en la sociedad, esa misma situación se reproduce en el ritual festivo y se siguen interpretando papeles de una sociedad patriarcal y machista”, afirma Aranburu.

Este escritor asegura que las fiestas populares se suelen ir adaptando a la realidad social y política del pueblo que las crea, aunque con cierto retraso, porque normalmente la sociedad suele avanzar con más rapidez que las tradiciones. “Esperemos que enseguida coincidan tradición, fiesta y participación de la mujer con la misma igualdad que el hombre”, explica Mikel Aranburu, “ya que en la medida en que la sociedad cambie y evolucione el papel de la mujer, se notará un gran avance en todos los campos donde ésta se encuentre en un plano más desfavorecido”.

Hasta bien entrado el siglo XX, el papel social de la mujer se veía reducido al ámbito exclusivamente familiar y, por eso, su protagonismo y su incorporación a la fiesta se está produciendo lenta y no exenta de problemas.

Aranburu ha comprobado en algunas investigaciones cómo en ciertos rituales, que todavía representan con fuerza determinadas estructuras machistas, el papel de la mujer, claro está, se ve vetado. Y cuando estos rituales decaen y no tienen interés o no representan con fuerza esas estructuras, no existe ningún problema ni dificultad para que la mujer tome parte de forma activa. “En muchas revitalizaciones de fiestas”, explica, “el papel desarrollado por las mujeres ha sido decisivo y tremendamente importante a la hora de mantener y transmitir determinadas tradiciones que, sin ellas, tal vez habrían desaparecido”. **F**

